

## El evangelio del amor en el corazón de Pablo VI

*Pasquale Macchi*

**H**a sido un gran don para mí vivir 24 años al lado de Pablo VI, del cual he recibido continuamente lecciones de fe, de valor, de sacrificio, de humildad y de entrega gozosa al Señor.

Un servicio el mío nacido por obediencia a mis superiores, que después se revelaría como un privilegio espiritual altísimo, compartiendo la historia cotidiana de un hombre excepcional de Iglesia. Al reflexionar ahora sobre la figura de Pablo VI trato de resumir mis impresiones indicando sus preferencias.

Amaba a los niños: para ellos reservaba una especie de ternura reverencial; si los acariciaba, si los besaba, lo hacía en modo finísimo, como frente a un misterio delicado. Tenía una preferencia dulcísima hacia los niños enfermos.

Amaba a los pobres y enfermos: a cada uno habría querido demostrar su estima y llevarle una ayuda en verdad eficaz.

Amaba a los jóvenes: no solo porque en ellos veía el porvenir de la sociedad y de la Iglesia, sino también porque habría querido que cada uno de ellos valorase las riquezas interiores de que son depositarios y las pudiese desarrollar al máximo para la propia felicidad, para el reino de Cristo y para el bien del mundo.

Amaba a los sacerdotes: tenía hacia ellos y hacia los candidatos al sacerdocio una predilección particular que lo llevaba a la conmoción, a una veneración profunda y a un afecto sincero. Cada defeción era una herida para su corazón.

Amaba a las religiosas: las de vida contemplativa, a las que reconocía un lugar particular en el corazón de la Iglesia, y a todas las demás religiosas, a las que consideraba hermanas amadísimas a las que la Iglesia debe particular honor, benevolencia, gratitud

Amaba a los religiosos de todas las congregaciones, antiguas y modernas. Buscaba con pasión la particular espiritualidad de cada comunidad, cuyo carisma y valor para la edificación del reino de Dios reconocía.

Amaba a los trabajadores a los cuales quería comunicar el amor profundo de Cristo y de la Iglesia para que fuesen protagonistas de la civilización moderna.

Amaba a las mujeres, a las que veneraba a la luz de María como las creaturas a las que Dios había confiado, junto con la maternidad, cualidades y virtudes singulares.

Amaba a la familia, de la cual había recibido bienes inestimables y que consideraba fundamento de la historia humana y cristiana. Cualquier herida a la familia, como el divorcio, lo hacía sufrir inmensamente.

Amaba este mundo: la creación con todas sus maravillas; las flores, los pájaros, los montes, el mar. Amaba el mundo en sus formas modernas, la ciencia, el progreso, el arte, la literatura, la poesía, la música, la cultura.

Amaba la historia humana, la historia de la Iglesia, la historia de cada uno: cada persona humana lo apasionaba. Se interesaba por cada persona. Nada lo dejaba indiferente: cada voz era acogida por él, cada carta recibía atención, cada petición exigía respuesta, cada don pedía gratitud, cada pena suscitaba consuelo, cada dolor llevaba a la oración.

Su disponibilidad no conocía límites. La cultura adquirida en tantos años de estudio y de lectura no le había quitado la sencillez de niño. Tenía un corazón simple que se manifestaba en su mirada. Una mirada límpida que penetraba hasta el fondo del corazón, y revelaba su ánimo. No para indagar, ni para condenar, ni para buscar, ni para investigar, sino para amar, para comprender, para ser solidario, para confortar. No como regaño o como desafío, o como espada que hiere, sino siempre como ayuda, como sostén benéfico.

¡Era tan puro y tan limpio su ánimo! Se tenía la impresión que el mal, del que tenía una percepción radical y dramática, no lograba entrar en su corazón ni enturbiar el espejo límpido de su ser. Sin

embargo, lo hería tanto hasta conducirlo a la angustia de la agonía del huerto de Getsemaní; pero en el dolor del Redentor, de Cristo, siempre lograba recuperar una luz luminosísima para sí y para los otros.

Su única regla era el Evangelio. Se podría decir que no tenía otros reglamentos sino la palabra de Jesús. Su meditación fundamental era el Evangelio, las Cartas de San Pablo y de los demás apóstoles, el Libro de los Hechos, la Sagrada Escritura en general. En las palabras del Evangelio se inspiraba su modo de ser, de pensar, de actuar, de hablar. Cualquier página era motivo de alegría, de reflexión, de contemplación, de satisfacción vital, de la cual sabía extraer «cosas nuevas y antiguas», como alguna idea genial, alguna intuición maravillosa. El Evangelio es la fuente de su espiritualidad, la raíz de su comportamiento, la motivación decisiva de sus opciones, la razón de sus gustos.

La palabra de Jesús es la sola solución de los males del mundo, es la razón de sus esperanzas, es el fundamento definitivo de su optimismo, es la sola vía de salida de las angustias desesperantes del hombre moderno. Sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay porvenir.

La consciencia de la presencia de Cristo le permitió afrontar toda dificultad con calma, con paciencia, con serenidad, con seguridad.

No he visto nunca a Pablo VI en la angustia, en el temor, en la desolación. Si alguna vez lo vi llorar, no fue nunca por desesperación o por pánico, sino solamente por conmoción profunda.

Jesucristo era su único Maestro. San Pablo, San Agustín eran la ayuda más válida para conocer a Cristo. Su interés fundamental era Cristo, Cristo su verdadera pasión, Cristo su especialidad.

Amó a la Iglesia con amor apasionado, sin límites, sin cálculos, sin interrupciones, incluso cuando la Iglesia lo hizo sufrir, porque Cristo quiso la Iglesia, ella es de Cristo, ella es su esposa, ella es su gloria. Siempre la amó, en la alegría y en el dolor, en el esplendor y en la desolación y el rechazo. Siempre nutrió particular amor hacia la Iglesia perseguida, humillada, impedida. Incluso cuando algunos hombres de Iglesia cometieron con él graves injusticias, jamás perdió la confianza, más aún, en los momentos más tempestuosos su

amor se hacía más intenso, porque estaba anclado en la palabra de Cristo.

Estuvo dispuesto a cualquier sacrificio por la Iglesia, por su paz, por su unidad, por su santidad, por su belleza interior y exterior, por su libertad, su fidelidad a Cristo, su universalidad, su pobreza, su credibilidad, su luminosidad, su honorabilidad.

Amó a María Santísima con amor dulcísimo: Madre de la Iglesia la quiso proclamar en el Concilio; pero con tal título quería honrar sobre todo a la Madre del hombre, del afligido, del desolado, del angustiado, del solitario, del abandonado. Madre de la Iglesia porque madre de quien sufre con la Iglesia, por la Iglesia, en la Iglesia con Cristo, para Cristo, en Cristo.

El amor a Cristo, a la Iglesia y a María resume toda la vida de Pablo VI vivida en la continua obediencia, humilde y confiada, a la voluntad de Dios. El mismo amor brilla en la luz de la Transfiguración, cuando Pablo VI muere repitiendo el Padrenuestro, casi como presentación de sí en los umbrales de la eternidad y como mensaje y huella para el camino de cada hombre.